

200 Años de Soledad

Autoría: Sebastián Álvaro Lomba

Afiliación: Periodista, creador de Al filo de lo imposible

SECCIÓN	PÁGINAS	IDENTIFICADOR
Historia del alpinismo y exploración	7-16	TDL-70-2017-007-016

TIPO DOCUMENTAL

Ensayo histórico y divulgativo

RESUMEN DOCUMENTAL

Recorrido histórico y cultural por la relación entre el ser humano y la montaña, desde la Ilustración y el nacimiento del alpinismo moderno en los Alpes hasta la exploración del Himalaya y el Karakórum. El trabajo vincula evolución técnica, contexto político, expediciones y figuras fundamentales del montañismo internacional y español, y concluye con una reflexión sobre la transmisión de una ética de esfuerzo, conocimiento y respeto entre generaciones de alpinistas.

PALABRAS CLAVE

alpinismo; historia del montañismo; Alpes; Himalaya; exploración; montaña; expediciones; historia contemporánea

CITA BIBLIOGRÁFICA

Sebastián Álvaro Lomba. «200 Años de Soledad». Torre de los Lujanes, n.º 70, 2017, pp. 7-16. ISSN 1136-4343.

200 AÑOS DE SOLEDAD

Sebastián ÁLVARO LOMBA
Periodista, creador de *Al filo de lo imposible*

La relación del hombre y la montaña es tan antigua como la propia humanidad. De los Alpes al Himalaya, pasando por los Pirineos, las montañas sirvieron de cobijo a los seres humanos, brindando protección a los que se atrevían a vivir a su sombra. Es probable que en la antigüedad las montañas fuesen el último lugar donde los hombres iban a refugiarse, quizás huyendo de otros peligros o porque los valles templados y amables habían sido ya ocupados. Más tarde las montañas se hicieron morada de dioses y dragones, fronteras inaccesibles que muy pocos se atrevían a cruzar. En las montañas se construyeron monasterios, se habitaron nuevamente cuevas por eremitas, algunas convertidas en refugio de ladrones y perseguidos. Montañas y desiertos sirvieron de lugares de meditación para profetas o escondites de guerrilleros.

Bajo el punto de vista físico hoy sabemos que las montañas son mucho más que la rugosidad de la Tierra. En la actualidad más de 3.000 millones de personas dependen de ellas para obtener el agua necesaria para su supervivencia. Por tanto tienen una utilidad básica de primer orden para la vida en el planeta. Pero además, desde hace algo más de 200 años, las hemos convertido en uno de los bienes naturales más preciados: son la suma de su majestuosidad, de la belleza y del sentimiento que les han otorgado los artistas, los científicos y los montañeros. Un sentimiento que nació en los Alpes de la pasión por las altas cumbres gracias al impulso racionalista que surgió a finales del siglo XVIII, con el surgir imparable de la Ciencia, la Ilustración y el Romanticismo. Entonces, cuando la Razón sustituye al mito, el método científico se impone como forma de conocimiento y el romanticismo propicia una nueva mirada sobre la Naturaleza, muy especialmente sobre los territorios hostiles, antes despreciados o temidos. Es el caso de las altas montañas, los desiertos y los Polos. Justo en ese tiempo nace y se desarrolla el alpinismo como la gran aventura moderna, que aúna pasión y conocimiento. Desde entonces sabemos que las montañas no sólo son fundamentales para nuestra vida, sino además lugar de reflexión y alivio del espíritu. Por ello debemos preservarlas para nosotros y las generaciones futuras como patrimonio natural insustituible.

Las montañas son también la mejor prueba del dinamismo de la Tierra, que se manifiesta en monumentales actos de creación y destrucción, como los volcanes que en actividad añaden su poder de intimidación y de fascinación. El mejor ejemplo de la lucha de estas fuerzas colosales se da en la colisión de dos continentes, las dos placas tectónicas que siguen levantando hacia el cielo las montañas más altas de la Tierra: el Himalaya y el Karakórum.

Pero las montañas estuvieron presentes en la imaginación de los hombres, mucho antes de que los alpinistas, científicos y exploradores decidiesen hacerlas objeto de su interés. Hinduistas y budistas hicieron de una montaña ideal el centro de un universo rodeado por siete anillos concéntricos de montañas a cuyo alrededor giraban el sol y la luna. Aún hoy, la montaña más sagrada del mundo es la que representa ese centro del universo hinduista y budista: el monte Kailash, en el occidente de Tíbet. Para los fieles de estas religiones, no es sino la imagen terrestre del monte ideal, Meru, el eje del mundo. En muchas otras montañas del Himalaya la divinidad se encarna en estas moles de roca y nieve que sobrepasan las nubes y asombran a los hombres. Chomolungma, el Everest, es la Diosa Madre del Universo, Annapurna la

Diosa de las cosechas, Cho Oyu, la Diosa Turquesa... En muchas culturas los hombres han buscado a sus dioses en las cimas más altas. El monte Olimpo fue la morada de los dioses griegos, el Parnaso el monte de la inspiración de los poetas. En la cumbre del Sinaí, Moisés recibió las Tablas de la Ley, los Diez Mandamientos por los que se rigen aún hoy millones de judíos y cristianos y en el Calvario Cristo fue crucificado. Innumerables cruces en las cimas de las montañas europeas atestiguan el interés reverencial por las montañas. Y, al otro lado del Atlántico, cientos de años antes de que se inventara el alpinismo por los europeos, los devotos incas subían la perfecta pirámide del volcán Licáncabur –una pirámide perfecta de casi seis mil metros de altitud en el desierto de Atacama- para levantar altares y ofrecer sus sacrificios.

El interés humanista por las montañas debió esperar hasta el Renacimiento que, con su espíritu innovador y crítico, fue precursor de la fascinación por las montañas como meras maravillas de la naturaleza. El poeta italiano Petrarca, considerado como uno de los humanistas más representativos de su época, escaló en 1336 el monte Ventoux. Y tras él pintores, escritores y sabios renacentistas dejaron patentes en sus obras esa nueva mirada sobre la Naturaleza y el lugar que ocupaban las montañas. Pero el espíritu ilustrado del que un día había de nacer el alpinismo no se concebía aún. Ello ocurrió a finales del siglo XVIII con la ascensión al Mont Blanc, la cumbre más alta de los Alpes. Al calor de la Ilustración, las montañas alcanzaron categoría cultural con la invención del alpinismo. El sabio ginebrino Horace Benedict de Saussure fue el inspirador de esta ascensión pues había ofrecido una recompensa por lograrla. El 8 de agosto de 1786 Jacques Balmat y Gabriel Paccard culminaban con éxito once años de tentativas infructuosas y el mismo Saussure veía su sueño cumplido al subir a la cumbre del Mont Blanc un año más tarde. El Sentimiento de la Montaña representado en este sabio humanista, el mismo que ha llegado hasta nosotros, es producto de la Ilustración, la unión de la Razón y la emoción. Tras De Saussure otras personas seguirán sus pasos en el viaje a la naturaleza. Pero, aunque lento, este desarrollo será imparable y traerá importantes cambios en los Alpes. Estas primeras transformaciones ya harán quejarse a algunos de aquellos pioneros, por haber construido hoteles y refugios desvirtuando la esencia de la montaña, cuyo misterio “custodiado por unos pocos iniciados, se pierde en manos de la multitud”. Como puede verse los debates y las preocupaciones también se repiten históricamente.

Aquellas primeras conquistas de las cimas más altas de los Alpes se vieron jalonadas de hazañas prodigiosas debido al desconocimiento y las dificultades a las que tuvieron que hacer frente los primeros alpinistas. La inexperiencia, el miedo a adentrarse en parajes desconocidos –hasta entonces fuente de leyendas y terribles dragones- la altitud, el frío, la soledad, las grietas, los aludes y los vivaques al raso, sobre glaciares sin apenas equipo eficiente, convirtieron aquellas escaladas en aventuras incomparablemente más arriesgadas a las que hoy realizan los alpinistas modernos. Ese momento coincide con lo que se ha dado en llamar “la edad de oro” del alpinismo heroico o victoriano –que se suele establecer entre 1855 y 1865- y es protagonizado en gran medida por alpinistas británicos que en ese momento disponen de los medios económicos para emprender estos viajes a los Alpes y acometer escaladas que son auténticas expediciones. Entonces en los Alpes van de la mano el espíritu aventurero, pura acción y emoción, junto al pensamiento científico, inquisitivo, de hacerse preguntas nuevas sobre la Naturaleza. De todas esas preguntas y pasiones brotó un hecho cultural pro-

pio, en forma de literatura, pintura, música, poesía, geografía, filosofía. Es el momento en el que nacen las sociedades alpinas, como el prestigioso Alpine Club, se construyen refugios y el alpinismo comienza a desarrollarse velozmente. Por otro lado el conocimiento sobre las montañas también se amplía gracias a estudios de científicos como Agassiz o Tyndall entre otros, que consideraban a los Alpes el más grandioso laboratorio de la naturaleza, y donde estudian la geología de las montañas y los glaciares. Muy pronto las ascensiones, con guías nativos, de las cumbres más conocidas de la cordillera se extendieron llegando a ser habituales. En pocos años serían holladas por los pioneros la gran mayoría de las cimas más altas de los Alpes.

A pesar de ello en 1865 todavía no había sido conquistado el Cervino, la montaña que quizás mejor representa el mito de la inaccesibilidad, la montaña perfecta. Y en ella se viviría una de las primeras grandes tragedias alpinas. Después de múltiples intentos, en los que no faltaron los accidentes, las luchas épicas y las deslealtades, Whymper lograría alcanzar la cima del Cervino por delante de su competidor el guía italiano Jean Antoine Carrel, dejando patente una rivalidad que luego se haría más frecuente en las altas montañas. Pero en el descenso se despeñarían cuatro de los siete miembros del grupo vencedor al romperse una cuerda.

La escalada del Cervino fue el principio de una nueva transformación. En esos diez años dorados habían sido escaladas casi todas las cumbres vírgenes de los Alpes por un número relativamente pequeño de hombres decididos y valientes. Poco a poco la mezcla de aventura y afán de conocimiento que en un principio impulsó a los hombres hasta la cima de las montañas se vio enriquecida por un nuevo anhelo más deportivo. Gracias a este impulso, y más rápidamente a partir de 1880, se desarrollaría una concepción más deportiva del alpinismo, que sería liderada por grandes alpinistas y escaladores que empezarán a realizar nuevas escaladas orientadas hacia la búsqueda de la dificultad más que a la consecución de la cumbre. Más tarde esta tendencia se difundiría ampliamente por grandes escaladores en roca, como Paul Preuss, Hans Dülfer, Tita Piaz (el “Diablo de las Dolomitas”) y muchos otros, que llevarían a cabo las primeras escaladas consideradas extremas, algunas incluso en solitario. Muchos de estos alpinistas morirían muy jóvenes, víctimas de su atrevimiento en las nuevas escaladas o de la furia guerrera que habría de desatarse en Europa poco después.

Pero el hombre más influyente en el desarrollo del nuevo alpinismo es Albert Frederick Mummery. Considerado el padre del alpinismo moderno, este inglés fue el mejor alpinista de su tiempo. A él debemos una aportación revolucionaria: en su opinión el verdadero alpinista es sólo aquel que escala nuevas rutas. Coherente con estas ideas Mummery en siete ocasiones el Cervino, por seis rutas diferentes. Además a Mummery también le debemos una contribución vital al desarrollo del alpinismo moderno al prescindir de guías en sus escaladas. La evolución natural de esta nueva ética y estética del alpinismo llevará a corto plazo a la especialización, y de acuerdo con los nuevos tiempos el equipo de los alpinistas se hace más eficiente. Si hasta entonces se trataba de conquistar a cualquier precio una montaña, a partir de ahora las rutas comenzarán a distinguirse por sus dificultades y el terreno donde se desarrollan, ya fuesen en roca, hielo o mixto. Siempre fiel a su estilo, Mummery realizó durante más de veinte años incontables ascensiones abriendo innumerables rutas nuevas. Con un pensamiento resumiría su filosofía alpina y su forma de enfrentarse a la vida: *“Cuando todo indica que por un lugar no se puede pasar, es necesario pasar. Se trata precisamente de eso”*

Su espíritu inquieto le llevó a buscar fuera de los Alpes otras montañas, cada vez más altas, comprometidas y exigentes, primero en el Cáucaso y luego en el Himalaya. Fue un pionero al intentar en 1895 por primera vez escalar una montaña de más de ocho mil metros: el Nanga Parbat. Desgraciadamente el Nanga sería su última montaña. Allí desapareció, junto a dos portadores gurkas, cuando sólo tenía cuarenta años. La pérdida de Mummery causó una honda impresión en el Reino Unido, parecida a la que, pocos años después, provocaría la desaparición de Scott y sus compañeros en la Antártida y la de Irvine y Mallory en el Everest.

Este era el panorama montañoso internacional que servía de referencia a los montañeros españoles de las primeras asociaciones que comenzaban a dar sus primeros pasos. La diferencia es muy notable con la tradición europea. A España también habían llegado las nuevas tendencias y los nuevos valores, pero en 1800 la mitad de la población española era analfabeta y a los estudios superiores sólo accedía una minoría de varones. La invasión napoleónica, la represión de los ilustrados, la pérdida de las colonias y la crisis institucional fueron instantes claves de una grave decadencia política. El peso de la iglesia católica era muy fuerte y las teorías de Darwin, que ponían en cuestión aspectos relatados en la Biblia, tardaron en ser aceptadas con normalidad. Por otro lado ni la situación política o económica favorecía el desarrollo de la actividad excursionista y mucho menos la alpinística o expedicionaria. Por entonces, finales del siglo XIX y comienzos del XX, España vivía una etapa de decadencia y crisis política, económica y social sin precedentes. Por dar unas pinceladas, de 1808 a 1936 se produjeron más de 25 guerras, más de 50 pronunciamientos militares y multitud de atentados terroristas. Este era el panorama a principios del siglo XX en España. Aunque obviamente había en la Península un excursionismo previo y hasta ascensiones a picos elevados, como el Veleta o el Aneto, la escalada del Naranjo en 1904 vino a simbolizar en España algo parecido a lo que había representado la conquista del Cervino en los Alpes. Con la escalada de Gregorio Pérez, El Cainejo, el guía espontáneo, y Pedro Pidal, Marqués de Villaviciosa de Asturias, directamente escalador, se entra en un mundo nuevo, caracterizado por la pasión por las montañas esbeltas, difíciles, y el alpinismo acrobático, pues la vía que abrieron es muy aérea y expuesta. Además don Pedro Pidal fue un decidido defensor de los primeros Parques Nacionales en España, que serían precisamente áreas montañosas, uniendo alpinismo, amor a la montaña y conservación desde el mismo origen del alpinismo en nuestro país.

En Europa sin embargo son los instantes previos a la primera guerra mundial que barrería durante cinco años los afanes montañosos. Aunque España se mantendría al margen del conflicto la violencia que se había desatado recorrió todo el continente. Fueron años convulsos, precursores no sólo de la guerra mundial sino de revoluciones, como la soviética, en muchos de los países de nuestro entorno y también de hambre, violencia y guerras civiles. En 1909, el mismo año en el que el hijo del rey de España, Luis de Saboya, el Duque de los Abruzos, lleva a cabo una magnífica expedición exploratoria al Karakórum y consigue el record de altitud al conseguir alcanzar los 7500 metros en el Chogolisa, se producen los sucesos de la semana trágica de Barcelona. Sólo en ese año más de 120.000 españoles abandonan el país en busca de un futuro mejor. En 1912 de los siete millones de argentinos un millón ya serán emigrantes españoles. Justo al tiempo, de 1910 a 1912, se llevará a cabo la gran carrera polar entre los noruegos liderados por Roald Amundsen y los británicos por el capitán Robert Falcon Scott. Los noruegos alcanzarían el Polo Sur con 35 días de diferencia sobre el grupo de Scott que lo alcanzan en los primeros días de 1911. Es el mismo año en el que se hunde el Titanic y también cuando Scott, Bowers, Wilson, Evans y Oates desaparecen en la Antártida a su regreso del Polo.

En 1913 la guerra de los Balcanes encendió el fuego que, tras el atentado de Sarajevo, llevaría la confrontación generalizada. En 1914 por primera vez la guerra se hizo universal y se libraría con unos medios más poderosos y letales. Ni políticos ni generales fueron capaces de entender que las guerras habían cambiado, siendo incapaces de detener una devastadora contienda que concluyó dejando millones de muertos y unas heridas que volverían a reabrirse pocos años más tarde con otra guerra mundial más terrible aun. Entre ambas, una espantosa guerra civil en España dejó los campos de batalla llenos de cadáveres, miles de españoles en el exilio y unas secuelas económicas, sociales y políticas que durarían casi medio siglo. El nivel de vida de los obreros españoles de 1936 no se recuperaría hasta veinte años más tarde. No es extraño que el montañismo español no se recuperase hasta la década de los sesenta.

Mientras millones de personas perdían la vida en las trincheras de los campos de batalla europeos, el explorador británico Ernest Shackleton y 27 hombres iban a llevar a cabo una de las expediciones más insólitas y extraordinarias de todos los tiempos. Aunque en realidad aquella expedición fue un nuevo fracaso británico, aquella expedición que duraría casi tres años, influyó notablemente en el resurgir de los grandes proyectos por conquistar los extremos de la Tierra. Tras el horror que supuso la primera guerra mundial, en un ambiente de orgullo nacional herido, resurgió el proyecto de escalar el Everest, tanto para olvidar la sensación de derrota en el Polo Sur como para dignificar la conciencia nacional. Y sería George Mallory la figura central de las tres expediciones británicas que en 1921, 1922 y 1924 se enfrentarían por primera vez a la montaña más alta del planeta, llegando a altitudes jamás alcanzadas antes por ningún ser humano. Aquellos alpinistas británicos que llevaron a cabo las últimas exploraciones en los Polos y en los Himalayas eran el prototipo de aventureros completos: escritores, pintores, médicos, militares o espías al servicio del imperio británico. Primero, en 1921, tuvieron que encontrar la montaña y la vía de ascensión. Fue cuando “se salieron del mapa”, como indicaba Mallory. Al año siguiente lograron superar los ocho mil metros y por fin, con el único objetivo posible de conquistar la cumbre los británicos volvieron al Everest en 1924. El día 8 de junio, con un tiempo magnífico, Andrew Irvine y Georges Mallory salieron del último campamento, situado a 8,168 mts, hacia la cumbre. Los dos fueron vistos por última vez, según el relato de su compañero Noel Odell, a eso de la una del mediodía por encima del segundo escalón “avanzando resueltamente” hacia la cumbre. Desde entonces el misterio envolvió a los dos alpinistas convirtiéndose en objeto de debate y especulación hasta nuestros días. Probablemente sea el mayor misterio de la historia del alpinismo. La aparición del cuerpo de Mallory en la primavera de 1999 despejó algunas dudas pero al tiempo planteó otras interrogantes, no menos apasionantes. En los bolsillos del escalador, que había muerto por una caída, se encontraron algunos objetos, entre ellos algunas notas y apuntes de las botellas de oxígeno. Lo sorprendente es que no llevase ninguna fotografía de Ruth, su mujer, que siempre dijo que dejaría en la cima, dejando abierto el enigma de si fueron los primeros en alcanzar la cima más alta de la Tierra.

El corto periodo que separa las dos grandes guerras es uno de los más convulsos de Europa y de los más interesantes de la historia del alpinismo. Las condiciones humillantes impuestas por los países vencedores a Alemania, unidas a la crisis económica y social y la situación de extrema miseria en la que vivían amplias capas de la población, el miedo a la revolución proletaria, como la que había llevado al poder en Rusia a los bolcheviques, propiciaron el ascenso del fascismo. Un fenómeno que se extendería como una mancha de aceite por toda Europa y terminaría abocando al mundo a la mayor tragedia conocida por la Humanidad.

A comienzos de los años treinta el desempleo y la falta de perspectivas, provocaron que buena parte de la juventud alemana eligiera un tipo de vida aventurera y errante como alternativa. Fueron llamados “wandervögel” (pájaros emigrantes). Muchos se veían forzados a vivir una vida de vagabundos en torno a la montaña, muy especialmente alrededor de Munich. Así surgió una generación de alpinistas extremos, para ellos lo primordial era poner a prueba sus fuerzas y el sentido de libertad que encontraban ejercitándose en condiciones extremas. Y existía una gran base. En 1919 la federación alpina alemana era la mayor del mundo y ya contaba con 250.000 afiliados. La contaminación ideológica en estos años fue especialmente corrosiva. En esta época se derrumba la concepción naturalista de la montaña, el espíritu ilustrado, científico y humanista, así como el estilo deportivo representado por los caballeros liberales ingleses del Alpine Club, que se definía así mismo como un “club de caballeros que ocasionalmente escalan”. Esta concepción es sustituida por el entusiasmo de una generación de jóvenes aleccionados en el deber, el coraje y la lucha. Son los mismos jóvenes que luego lucharían en las trincheras

En este contexto, en el que las montañas ceden su protagonismo a las rutas difíciles y expuestas, es en el que surge la idea de los “últimos grandes problemas” de los Alpes: las caras nortes del Eiger, el Cervino y las Grandes Jorasses. Y, después de no pocos sacrificios humanos, los últimos problemas se van resolviendo. En 1931 es escalada la cara norte del Cervino por los hermanos Franz y Toni Schmid que recibieron la medalla de oro olímpica. En julio de 1938 Heinrich Harrer, Fritz Kasperek, Anderl Heckmair y Ludwig Vörg, lograrían escalar por primera vez la temible cara norte del Eiger que tantas vidas se había cobrado. Los vencedores fueron recibidos por Adolf Hitler. Por último, en agosto de 1938, Ricardo Cassin, Gino Esposito y Ugo Tizzoni escalan el espólón Walker, en la cara norte de las Grandes Jorasses, considerado el último gran problema de los Alpes.

Capítulo aparte merecen las expediciones alemanas al Nanga Parbat de 1930, 32, 34, 37, siendo la última en 1939, cuando la guerra sorprendió a los expedicionarios en la India británica y fueron hechos prisioneros. Además factores externos convirtieron a estas expediciones alemanas en auténticas batallas donde se dirimía el orgullo de un país. El precio que hubo que pagar fue terrible. En sólo dos de ellas, la del 34 y 37, desaparecieron 26 personas. En el Nanga quedó sepultada la mejor generación de alpinistas alemanes.

La segunda guerra mundial, como la primera, supuso un paréntesis forzoso en la exploración y conquista de las cimas más altas de la Tierra. Hasta el estallido de la segunda guerra mundial, las expediciones a las más altas cumbres de los Himalayas se habían dirigido por el Tíbet ya que el reino de Nepal, que acoge ocho de las catorce cumbres de más de ocho mil metros, había permanecido cerrado a la influencia extranjera. Pero ahora las expediciones tuvieron que empezar a explorar la vertiente sur de la gran cordillera. Al norte el Tíbet, tras la ocupación militar china, estaba vedado a los extranjeros, mientras que Nepal se abría como un territorio virgen a explorar por la nueva generación de alpinistas. Aquellos años supusieron una época dorada en la conquista de las montañas más altas de la Tierra. Desde luego los avances tecnológicos derivados de la gran contienda, como aleaciones, trajes de pluma y sistemas de oxígeno ligeros, serían determinantes para estas conquistas. Pero la valentía, la decisión y el cambio psicológico de los alpinistas fue lo decisivo. Después de la devastación provocada por la guerra las grandes

naciones necesitaban símbolos necesarios para acometer la enorme tarea de reconstrucción que tenían por delante. En un breve periodo de tiempo, sólo catorce años, los gigantes de la Tierra fueron conquistados por una gran generación de alpinistas encuadrados en expediciones convertidas en símbolos nacionales.

Sería imposible resumir todas ellas aquí. Pero en una breve mirada destaca la expedición francesa al Annapurna de 1950, en la que se consiguió alcanzar la cima de un ochomil por primera vez. Compuesta por unos grandes alpinistas de la mejor generación francesa, como Terray, Couzy, Schatz, Lachenal, Rebuffat y el jefe de expedición, Maurice Herzog, que jugaría un papel determinante en la consecución de la cima, convirtiéndose en un héroe a su llegada a Francia. Tampoco puede olvidarse la expedición británica de 1953, al mando del competente John Hunt, que conseguiría, por fin y con total seguridad, la cima del Everest. Aunque probablemente las mejores hazañas alpinas de aquellos años fuesen la ascensión en solitario, en su último tramo, del Nanga Parbat a cargo del austriaco Hermann Buhl, y la escalada del K2 en 1954 por un potente equipo italiano (en el que ya figura un joven Walter Bonatti

De esta magnífica época, surgiría una pléyade de grandes alpinistas como Hillary, Buhl, Diemberger o Terray, y grandes jefes de expedición, como Karl Herrligkoffer, Ardito Desio o John Hunt, cuya influencia sería notable. Y por supuesto una lista interminable de grandes alpinistas anónimos que escribirían algunas de las páginas más heroicas del alpinismo moderno. La repercusión que tuvieron muchas de estas expediciones fue notable. Se hicieron películas, se escribieron libros, se dictaron conferencias y se iniciaría un proceso imparable que cambiaría la faz del alpinismo, de las expediciones y la economía de los países del Himalaya.

Pero probablemente el alpinista más extraordinario de esta época, tras la segunda guerra mundial, sería Walter Bonatti, que dominaría la escena del alpinismo mundial de 1950 a 1965. Su fortaleza legendaria le hizo sobrevivir a un terrible vivac por encima de los ocho mil metros en el K2 o, después de haberse machacado un dedo con la maza, seguir escalando cuatro días en solitario en el pilar que lleva su nombre en los Drus, o convertirse en 1961 en el símbolo de la resistencia y la solidaridad en el Pilar central del Freney, por sacar a sus compañeros de la trampa mortal en que se había convertido el Mont Blanc. Pero es su actitud ante la vida, su honestidad y rectitud, la que han hecho del alpinista italiano una de las referencias éticas imprescindibles del alpinismo de todos los tiempos. “El alpinista más puro que jamás ha existido”, como dijo Doug Scott.

Como había predicho Lionel Terray el alpinismo estaba muy lejos de encontrar sus límites. A finales de los sesenta y principios de los 70 las técnicas de escalada en roca del Yosemite se trasladan a Europa, revolucionando la escalada en roca y poco más tarde la escalada de grandes paredes en otros macizos montañosos. La influencia del alpinismo norteamericano en Europa llegará a ser enorme, con tipos como Royal Robbins, (el escalador de roca norteamericano que con más talento desarrolló las técnicas de big wall en Yosemite y en los Alpes) John Harlin, o Jim Bridwell, entre una enorme cantidad que vienen a Europa y alpinistas y escaladores europeos que van al Yosemite, produciéndose una corriente de doble intercambio deportivo y cultural. Los aportes e innovaciones de material serán constantes. Los crampones rígidos propiciarán nuevas para escaladas en hielo de sectores más verticales. Gracias a esos nuevos materiales y una nueva mentalidad, se acometen escaladas en hielo que van a marcar un antes y un después

en este tipo de escaladas. Y también llegarán nuevas clavijas, fisureros, empotradores y los revolucionarios friends.

Y en verdad comenzó un nuevo alpinismo. Si la época de las primeras ascensiones va desde 1950 a 1964, la de acometer grandes paredes en el Himalaya durará unos diez años. Y serían los británicos, en 1970, los primeros en abrir una ruta “imposible” en la peligrosa cara sur del Annapurna. La expedición la dirigía Chris Bonington que, a partir de entonces, se convertiría no sólo en el mejor jefe de expediciones que haya habido sino en el mayor impulsor de la evolución alpina en el Himalaya. También en 1970 el italiano Reinhold Messner, formando parte de una expedición dirigida por el doctor Herrligkoffer, escalaría la vertiginosa pared del Rupal del Nanga Parbat, una de las más grandes del Himalaya, aunque perdiendo a su hermano Günther y parte de sus pies en un desesperado descenso al límite de las posibilidades del ser humano. Cuando logró recuperarse, tanto física como psicológicamente, comenzaría la imparable carrera que le llevaría a convertirse en el alpinista más grande de la era moderna.

A partir de ese momento la evolución se acelera. Y los británicos, como antaño, jugarán un papel estelar. En 1975 Chris Bonington dirigiría una gran expedición pesada que logra escalar por primera vez la cara sudoeste del Everest. Más tarde declaró: “En definitiva la sur del Annapurna y la suroeste del Everest fueron primeras ascensiones a paredes vírgenes del Himalaya que hicieron “posible lo Imposible” y demuestran que una expedición bien estructurada con suficientes recursos puede escalar casi cualquier cosa” Pero muy pronto, ese mismo año, Reinhold Messner y Peter Habeler abrieron una nueva vía en el Gasherbrum I en estilo alpino y con ello nuevas posibilidades para el alpinismo. Significó el comienzo de una nueva era. A comienzos de los ochenta los alpinistas españoles ya están dando saltos de gigante y realizando actividades a la altura de la élite del alpinismo mundial. La mejor prueba de ello es que en 1984 dos españoles, Enric Lucas y Nil Bohigas, se incorporan a esta nueva y comprometida tendencia, abriendo una nueva ruta en la formidable muralla de la cara sur del Annapurna.

Pero puede afirmarse que a partir de 1975 fue la era de Reinhold Messner. El italiano, heredero natural de Bonatti, sería el mejor representante de la escena alpinística internacional entre 1970 y 1986. Al regresar de la dura expedición al Nanga muy pocos hubieran imaginado que aquel jovencísimo alpinista italiano se convertiría, durante los siguientes 16 años, en ser el primero en ascender un ochomil en estilo alpino, el primero en conquistar los catorce ochomiles, en ascender al Everest sin botellas de oxígeno y luego, además, en solitario, o el primero en escalar un ochomil en solitario o en lograr realizar el sueño de Shackleton atravesando la Antártida de punta a punta, entre otros muchos retos de primer orden. Probablemente Messner haya sido el alpinista de más éxito de estos cien años de alpinismo mundial.

Hacia mediados de 1980, cuando termina Messner su carrera con Kukuczka por ser el primero, los alpinistas de los Himalayas ya estaban hablando de los últimos problemas. El siguiente paso serían rutas todavía más difíciles, aunque en montañas un poco más bajas. Como la que en 1987 abrió Mick Fowler en el Spantik (7027 mts), situado en el Karakorum pakistaní. Una ruta, el Pilar Dorado, que se ha terminado por convertir en un símbolo de la pureza y la limpieza de medios, en una palabra, de los nuevos tiempos que, en realidad, son los actuales.

Pero, al tiempo, hay que señalar, en otra dirección, los efectos causados por la masificación y banalización de algunas de estas ascensiones, como la del Everest, antaño convertidas en símbolos. Lo cierto es que este dato objetivo, el que sólo haya ha propiciado todo lo que vino después: la carrera de los catorce, las listas, las marcas, los horarios más rápidos... y también las trampas, los fraudes, los engaños y las falsificaciones.

Pero también son los años dorados de Wojciech Kurtyka, Erhard Loretan, y Jean Troillet, fantásticos y versátiles alpinistas, o de los duros montañeros forjados en la escuela de los países, antes, del Este: de Marco Prezeli a Tomaz Humar, de Krzysztof Wilelicki, representante de la gran tradición invernal polaca y, por supuesto, de Jerzy Kukuczka, al que el propio Messner le dijo “no eres el segundo eres el más grande”.

Y, al mismo tiempo, de grandísimos escaladores en roca, como Patrick Edlinger, Patrick Bérhault, Ron Kauk, John Bachar, Kurt Albert, Stephan Glowacz y Wolfgang Güllich. Algunos de ellos capaces de las más grandes escaladas en solitario en terrenos que, sólo unos años antes, se consideraban imposibles. Y de muchos que se quedaron en esa lucha por conseguir objetivos imposibles, Casarotto, Rouse, Boucrev, Lafaille, Beguin... En todos los sentidos fueron años revolucionarios y de grandes avances. Es una revolución que también alcanza a las mujeres alpinistas. Hay un gran camino recorrido desde que en 1906 Fanny Bullock se convirtió en la mujer “más alta del mundo” al ascender el Pinnacle Peak (6930 mts) hasta que Gerlinde Kaltenbrunner se convierte en la primera fémina en realizar los catorce ochomiles sin botellas de oxígeno y en un estilo bastante ligero. Su última ascensión de la vertiente norte del K2, es probablemente la ascensión más dura y comprometida que haya realizado una alpinista. Pero la polaca Wanda Rutkiewicz fue la primera que creyó que podía estar a la altura de sus compañeros varones y conquistar los catorce ochomiles. Y tantas otras: Catherine Destivell, (con las tres grandes caras norte de los Alpes en invierno y en solitario) Lynn Hill (con su estupenda escalada en libre de The Nose), o por supuesto Edurne Pasabán (la primera mujer, y española, en ascender los 14 ochomiles).

Las últimas escaladas en el K7 y el Ogro, o la lograda por Steve House y Vince Anderson, en estilo hiperligero, de la vertiente del Rupal del Nanga descendiendo por la de Diamir, o las ascensiones invernales en el Karakórum, cierran las penúltimas grandes realizaciones. Penúltimas porque, probablemente, en este momento ya habrá habido algún alpinista que haya escalado alguna nueva montaña “imposible”. Quizás, al final de estos 200 y pico años de soledad, el círculo se ha cerrado y todo ha vuelto a sus orígenes...

¿Y ahora, qué...?

Hay una frase del gran alpinista estadounidense, Charles Houston, que bien puede sintetizar la historia del alpinismo que he tratado de resumir en estas pocas páginas: “Ninguna ascensión es obra de un sólo hombre. Detrás de ellos, se apiñan las sombras de otros que antes lo han intentado y han fracasado. Su fracaso les ha enriquecido y miran con orgullo y respeto a quienes han vencido”

Cada generación se basa en los conocimientos y los esfuerzos realizados por las precedentes, de tal forma que hemos ido superando dificultades cada vez mayores de una forma natural. Me gusta pensar que somos herederos de ese sentimiento de la montaña cuyo poso han ido

dejando los más grandes, de Saussure a Whymper, de Mummery a Mallory, de Welzenbach a Terray, de Bonatti a Messner. Y de Buhl, Diemberger, Bonington, Scott, Boardman o Fowler. Y, espero, que también hayamos sabido aprender de nuestros errores, de los malos atajos, de los accidentes y de los caminos equivocados. Porque si alguna vez fuimos grandes, como dijo Newton, es porque nos aupamos a hombros de gigantes. Todos dependemos unos de otros. Somos herederos de una historia, de una épica y de una ética que compartimos. Es fácil pensar, sobre todo cuando somos jóvenes, que cuando se realiza una empresa difícil, que supera a las anteriores, se ha hecho algo de más categoría e importancia que las hazañas anteriores y que, por tanto, vale más que las de los grandes alpinistas anteriores. Pero la historia nos demuestra que esto no es así. Como afirma Giuseppe Mazzotti, es cuando pasa el tiempo cuando “se establece el grado real del valor moral de cada empresa”

Siempre tenemos motivos para sentirnos humildes. Cuando echamos la vista atrás y analizamos lo que hicieron aquellos alpinistas hace 50, 100 o 200 años antes que nosotros, cuando pensamos en sus equipos, en sus conocimientos o en su valentía, y los comparamos con los nuestros, tenemos muchos motivos para darnos cuenta de que ellos eran auténticos gigantes que hicieron del alpinismo, como afirma Thompson, “el arte de hacer más con menos”.

Debemos estar orgullosos de ser sus herederos.